

Prólogo

Puede ser conveniente hacer un breve resumen de la motivación que me llevó a escribir este libro, para lo cual no queda más remedio que hacer una breve mención biográfica. En el año 1981 publiqué un libro titulado “La evolución del pensamiento económico”,¹ donde, de modo muy abreviado, y sin ningún tipo de crítica o valoración, al menos esa era mi intención, expuse las ideas económicas, desde Aristóteles hasta John M. Keynes. Pero en realidad no fui capaz de dar una explicación satisfactoria de la evolución de las ideas económicas.

Por aquellos años, influido por mi formación científica y por mi dedicación a la docencia de la estadística y los modelos matemáticos de la economía, tanto en la Universidad Autónoma de Madrid, como en la Universidad del País Vasco, estaba convencido de que la economía podía ser considerada una ciencia más, y que el problema económico podía ser planteado y resuelto recurriendo a los mismos métodos e instrumentos matemáticos que se empleaban para resolver los problemas en la física o la ingeniería.

En 1981 me incorporé a la Universidad de Navarra, y me dediqué durante unos años a la enseñanza de la economía, tanto en la facultad de Derecho, como en la de Ciencias de la Información. El hecho de no poder acudir en mis lecciones al aparato matemático y estadístico al que estaba acostumbrado, lo consideré al principio una fuerte limitación, pues me obligaba a pensar y exponer los conceptos fundamentales de la economía en términos “literarios”, es decir, asequibles a la preparación matemática de mis estudiantes. Posteriormente, el continuo

1. Martínez-Echevarría Ortega, Miguel Alfonso (1981) “Evolución del pensamiento económico”, Espasa Calpe, Madrid.

diálogo con ellos, me llevaría a tomar conciencia de la necesidad de estudiar más a fondo la relación de la economía con la religión, la filosofía, la política, el derecho, y, en último término con la antropología.

Cuando en 1987 se inició la Facultad de Economía de la Universidad de Navarra, tuve que enseñar la asignatura de Introducción a la Economía, en el primer año de carrera, e Historia del Pensamiento Económico, en el último. Este continuo contraste entre la exposición más elemental de los conceptos básicos de la economía, y la explicación de la génesis y evolución histórica de las teorías económicas, fue un excelente camino para ir calando en los fundamentos antropológicos de la economía. En ese marco, constituyó para mí un especial reto explicar la génesis de las teorías de la empresa, un tema al que tuve que hacer frente a petición de los estudiantes de la licenciatura en Administración y Dirección de Empresas. El estudio de la organización del trabajo y de la propiedad me ayudó a descubrir la importancia del derecho y la ley, tanto en el desenvolverse de la actividad de la empresa, como en la orientación general de la economía.

Pero sobre todo, y es de justicia reconocerlo, lo que más me ayudó en mi cambio de enfoque del problema económico, fue el excelente ambiente interdisciplinar que encontré en la Universidad de Navarra. El intercambio continuo de ideas con los profesores de las facultades de Teología, Derecho y Filosofía me abrió nuevos y más amplios horizontes. Ese ambiente interdisciplinar daría lugar a la creación del Instituto Empresa y Humanismo, iniciativa de la Facultad de Filosofía, junto con el apoyo de la Facultad de Ciencias Económicas y de un importante grupo de empresarios. Tuve ocasión entonces de contrastar mis ideas en diálogos fructíferos con filósofos, juristas y empresarios.

El cambio de enfoque en el modo de estudiar y exponer el problema económico, me llevaría, en la década de los años 90 del siglo pasado, a proponer un cambio en el título de la asignatura “Historia del Pensamiento Económico”, que, después de su aceptación, pasaría a denominarse “Filosofía de la Economía”, cambio que ya se había realizado en las mejores facultades de Economía, como manifestación de la convicción cada vez más extendida de la necesidad de proceder a una renovación en el modo de plantear y estudiar más a fondo el problema económico, algo que se ha hecho aún más patente desde la crisis financiera del 2008.

El tema del presente libro es resultado de ese largo proceso de reflexión y cambio de enfoque en el estudio de la economía. El título, que puede ser un tanto desconcertante, viene a ser una síntesis de la conjunción de ideas religiosas

y políticas, que, a mi entender daría lugar, en el siglo XVII, al nacimiento del concepto moderno del Estado y de la economía. De modo más concreto, la tesis central de este libro es que ese concepto surgiría de un modo negativo de entender la política, consecuencia de la antropología pesimista de Lutero y Calvino, y, en última instancia, de la nueva noción voluntarista de ley planteada por la filosofía nominalista.

Según el planteamiento moderno, la economía pretende ser una estructura o sistema que, a pesar de estar movido por las pasiones, estaría regulado por un mecanismo impersonal que, de modo autónomo y no intencional, llevaría a la más amplia satisfacción de las necesidades colectivas. En este sentido, la supuesta “disciplina” o “racionalidad” de la economía vendría a ser el “sustituto moderno” de la “arbitrariedad” y la “corrupción” propias de la política. A lo largo de las páginas de este libro se pretende analizar cuáles fueron las claves culturales que llevarían a entender de ese modo tan negativo la política, y cuáles fueron los supuestos epistemológicos que llevaron a dar esa estructura sistémica y mecanicista a la economía. Algo que, como veremos, tiene mucho que ver con el modo de establecer la separación entre la religión y la política.

Antes de proceder a la exposición de los diversos modos de entender y relacionar la economía con la política, me ha parecido oportuno dedicar el primer capítulo a ofrecer una visión de lo que podríamos llamar la antropología que me parece más convincente. Pienso que precisar estos conceptos puede ayudar a entender mejor las distintas visiones del problema económico, pues conviene no olvidar que, de un modo más o menos patente, detrás de toda teoría política o económica hay siempre una determinada visión del hombre.

En este sentido tengo que reconocerme deudor de la antropología del ya fallecido filósofo Leonardo Polo, antiguo colega de la Facultad de Filosofía en la Universidad de Navarra, con el que tuve la suerte de mantener largos coloquios sobre la antropología subyacente en las distintas teorías económicas, y de quien he aprendido mucho. En cualquier caso, conviene aclarar que se trata de mi interpretación personal de algunas de sus ideas, de modo que me hago responsable de lo que he escrito sobre el tema. También tengo que reconocer mi deuda con el profesor Álvaro D’ors, ilustre romanista, que con sus comentarios y observaciones me ayudó mucho a entender la relación de la economía con el derecho.

En el capítulo segundo se expone el empeño de la filosofía griega para hacer posible una explicación racional de la política, poniendo así las bases para su separación de lo mítico-religioso. En ese marco he dedicado una especial atención

a la interesante visión aristotélica de la economía, íntimamente unida a su sentido de la acción, algo sobre lo que se volverá en el último capítulo. En la segunda parte de ese capítulo se relata el “problema de Roma”, es decir, una visión de las bases filosófico- religiosas del Imperio de Augusto. Solo en contraste con esas dos grandes culturas, la griega y la romana, se puede llegar a entender mejor lo que representó la aparición del cristianismo, y, de modo especial, la distinción entre revelación y religión, que daría lugar a lo que he llamado concepto cristiano de secularidad o autonomía de la política y la economía frente al hecho religioso.

En el capítulo tercero se lleva a cabo, a grandes rasgos, lo que el cristianismo aportó al desarrollo de la cultura política occidental, es decir, la valoración cristiana de la naturaleza, la historia y de la libertad humana. Con ese motivo se expone la crítica filosófica del cristianismo por parte de los romanos más cultos, así como las respuestas de Orígenes y San Agustín. Se presta también especial atención a la génesis del llamado problema de la teología política, que ha seguido siendo tema de debate hasta la actualidad más reciente, y que resulta clave para entender la génesis y desarrollo del llamado problema moderno de la secularización.

En el capítulo cuarto se realiza un muy breve recorrido histórico de la evolución del cristianismo medieval, poniendo especial atención en la llamada “revolución papal”, algo que resulta imprescindible para entender cómo se va a gestar la crisis de la Europa del siglo XVI. Dentro de ese marco, se destaca la continuación dada por Tomás de Aquino a la filosofía de Aristóteles, y su acertada manera de establecer la relación entre la fe y la razón. A modo de contraste, negando esa posible relación, se expone la reacción contra esa manera de dar continuidad a la filosofía aristotélica, que daría lugar a la génesis de la llamada filosofía nominalista, que tendría un hondo impacto tanto en el concepto moderno de ciencia o leyes naturales, como en el modo voluntarista y fideísta de entender la ley y el derecho.

El contenido de estos primeros capítulos podría llevar al lector a tener la impresión de que no se presta especial atención a la economía, pero en realidad lo que se pretende es dejar perfilado, a grandes trazos, el horizonte histórico cultural, desde el que entender más adecuadamente cuál era el ambiente religioso y político de la Europa del siglo XVI en el que surgiría la idea moderna de la economía, que, como se verá, es inseparable de lo que he llamado artefacto dual “Estado-sociedad-civil”, que resulta clave para entender la pretendida sustitución de la política por el modo mecanicista de entender la economía.

El capítulo quinto se dedica a exponer no tanto las causas de la llamada reforma luterana, tema extraordinariamente complejo, como sus efectos en el nuevo modo de entender la fe y la vida del cristiano en este mundo. Un tema central en esa exposición es el contraste entre las posturas de Lutero y Calvino, que daría lugar a la génesis del llamado protestantismo, y su influencia en la configuración del sentido moderno de entender la política y la economía. En la segunda parte de ese capítulo se contrastan los diversos intentos, tanto de Hobbes como de Locke, para superar las contradicciones del modo protestante de entender la secularidad que están detrás del dualismo “Estado-sociedad-civil”. En el contraste entre Hobbes y Locke es donde por primera vez se configura la idea moderna de economía, bajo el nuevo diseño de la sociedad civil. Como se podrá comprobar, se trataba de introducir un nuevo sentido pragmático de la libertad, algo así como un sustituto del concepto clásico de la “ley natural”.

En el capítulo sexto se procede a hacer un resumen de la versión que hace Hume de la economía moderna, o sociedad civil, con la que buscaba una salida a la aporía planteada, tanto por Hobbes como por Locke. En mi opinión, el enfoque de Hume es el que mejor pone de relieve la complejidad y la tensión que se oculta en el diseño “Estado-sociedad-civil”. En la segunda parte, en estrecha dependencia y constante referencia a Hume, se expone la versión de la sociedad civil, propuesta por Adam Smith, con lo que trataba de superar el indudable fatalismo presente en el enfoque de Hume. El capítulo se cierra con una valoración crítica a la aportación de Smith, de modo especial en lo que se refiere a la “división del trabajo”, su modo productivista de entender el mercado, o mejor dicho, la sociedad civil.

En el capítulo séptimo se cambia de marco cultural, para exponer los rasgos más importantes en la génesis de la revolución francesa, y su relativa convergencia con las ideas británicas sobre el Estado y la sociedad civil. Se presta una especial atención a la influencia del racionalismo cartesiano en las ideas de los fisiócratas y sus propuestas revolucionarias para dar una solución matemática o definitiva al problema político y económico. También se expone la propuesta de Rousseau para otorgar legitimidad al poder absoluto del Estado moderno, que de algún modo constituye un intento de volver a introducir la política bajo la forma de una “voluntad general”. En una segunda parte se estudia la reacción que hubo, especialmente en Inglaterra, frente a los principios y las consecuencias de la revolución francesa, tanto desde el lado del rechazo, como fueron las actitudes de Burke y de Malthus, como desde el lado no tan desfavorable, como fueron

las posturas de Ricardo y Bentham. En todas esas reacciones se hace patente la inevitable tensión entre el Estado y la sociedad civil, y se discute si es necesaria o no la dimensión política de la economía.

El capítulo octavo trata de lo que se podría llamar la visión de los postulados y consecuencias de la revolución francesa, vistos desde la filosofía alemana del siglo XIX, de modo especial la de Kant y Hegel. A partir de los problemas que plantea la moral kantiana, se explica el modo hegeliano de entender la revolución como un proceso que conduce a un “fin de la historia”, donde aparece su peculiar visión del Estado como superación definitiva de la corrupción que siempre subyace en la economía o dinámica de la sociedad civil. Un intento de logro de la perfecta unidad de la moral con la ética, de la sociedad civil con el Estado, de la subjetividad con la objetividad. Se cierra el capítulo con el intento de Marx de superar la filosofía mediante una pretendida solución práctica y definitiva del problema económico; una manera distinta de acabar con la tensión, detectada por Hegel, entre el Estado y la sociedad civil.

En el capítulo noveno se comenta la influencia del llamado pensar postmetafísico, que se inicia con la filosofía positivista de Comte, sobre el problema de los fundamentos de la sociedad, y el método a seguir. Se explica cómo, a través de Stuart Mill, con el desarrollo del enfoque psicologista de la acción humana, se daría entrada al positivismo en el modo de explicar la supuesta dinámica autónoma de la marcha de la economía. A continuación, se muestra cómo, bajo la influencia del cada vez más prestigiado método de la física matemática, se llevaría a cabo el intento de elaborar la economía como si se tratara de una ciencia exacta, dando lugar a lo que se podría llamar la versión psico-matemática de la economía, tarea que sería llevada a cabo por partidarios de la psicología empírica, como fueron Jevons y Edgeworth. En una línea parecida, se expone el llamado modelo matemático del equilibrio general de la economía, desarrollados por Walras y Pareto.

El capítulo décimo se muestra cómo, bajo influencia del idealismo hegeliano, Alfred Marshall intentaría una explicación científica, no filosófica y no revolucionaria, del fin de la historia. Algo así como una situación de crecimiento continuado y equilibrado tanto de los deseos como de la producción. Juzgaba Marshall que el modelo de la biología evolucionista de Darwin permitiría superar la rigidez del equilibrio mecanicista y matemático de Walras y Pareto, y daría entrada a la innovación y los cambios. Se exponen de modo abreviado las contradicciones de ese enfoque, que serían criticados por Keynes. En la segunda

parte del capítulo se muestra el enfoque historicista de la sociedad y la economía, que rechaza tanto el supuesto fin de la historia, como la tiranía del panlogicismo, pero incurriendo al final en un inevitable nihilismo. El capítulo se cierra prestando especial atención a los desarrollos de las perplejidades de Weber sobre el problema del método adecuado para el estudio de las ciencias sociales, y su postura sobre el sentido de la supuesta racionalidad intrínseca del mecanismo “Estado-sociedad-civil”.

El capítulo undécimo refleja la situación del estudio de la sociedad a comienzos del siglo XX, después del rechazo del idealismo, y la consecuente aparición de la filosofía analítica o del lenguaje. Se trata con especial detalle la influencia de esa filosofía en el interesante enfoque metodológico que Keynes haría de la economía. No cabe duda que Keynes no aceptaba la supuesta separación radical entre la política y la economía. No obstante, sus propuestas siguen siendo un rechazo de la política, que en su opinión debe quedar en manos del poder del Estado, manejado a su vez por una élite intelectual desinteresada. Se finaliza el capítulo con la influencia del positivismo lógico, tanto en Mises como en Hayek, examinado sus consecuencias y contradicciones. El capítulo se cierra con la influencia de la matemática axiomática de Hilbert, vía su discípulo von Neumann, en un nuevo intento de dar solución al problema del equilibrio general de la economía. Se inicia así la llamada “teoría matemática de juegos”, un nuevo intento logicista de enfrentarse con la complejidad del problema político de la economía.

El capítulo decimosegundo relata cómo a partir de una deficiente visión del modo keynesiano de entender la relación de la economía con la política, se desarrolla lo que vendría en llamarse la macroeconomía, que conlleva la aparición del Estado de bienestar, o final de la supuesta separación o actitud neutral del Estado respecto de la sociedad civil. A continuación, se exponen las distintas reacciones teóricas en contra del intervencionismo del Estado, que trataban de recuperar la supuesta neutralidad moral y política del Estado moderno. Esas reacciones darían lugar a la construcción de los modelos matemáticos, o más bien topológicos, de existencia de “una hipotética solución” al problema general de la economía. En la parte final se exponen y se critican los sucesivos intentos de llegar a una solución del problema económico mediante los desarrollos de la llamada teoría matemática de juegos. También se hace una breve referencia a los que intentan resolver ese problema recurriendo a lo que ha dado llamar cibernética, apoyándose en la teoría de sistemas y la construcción de autómatas, que hoy día se engloban en lo que se ha dado en llamar “ciencia cognitiva”.

En el capítulo decimotercero se hace una síntesis de todos los problemas expuestos, y que juzgamos pueden ser consecuencia de la separación de la economía de un despreciado y mal entendido sentido de la acción política, comenzando por lo ocurrido en la polis griega, y acabando con la actual situación de profunda crisis que atraviesa el complejo artefacto “Estado-sociedad-civil”. En relación a esto último, se presta especial atención a la crisis de legitimidad del Estado democrático, que afecta de modo muy grave a su viabilidad financiera. Finalmente, se sugieren algunas consideraciones para recuperar lo que podría llamarse la dimensión política de la economía. En ningún caso se pretende dar algo así como una “solución definitiva al problema económico”, como pretendió, entre otros, Marx, ya que en mi opinión lo propio de la economía, en cuanto inseparable de la acción política, es estar siempre en crisis, es decir, tratando de superar sus inevitables desajustes y buscando el modo de mejorar la situación presente. Dicho de otro modo, la solución de la economía consiste en devolverle la dimensión política que le fue arrebatada desde la creación del Estado moderno.

Aunque lo juzgo evidente, nunca viene mal hacer constar que ninguno de los temas expuestos en cada uno de los capítulos ha sido tratado con la profundidad y extensión que merecen, pues ni habría sido posible darle cabida en un solo libro, ni creo que sea tarea de una sola persona. Además, mi intención es dejar apuntada la tesis que sostengo y abrir de este modo una línea de investigación que ayude a desarrollarla de forma más matizada, o, claro está, de rechazarla. En cualquier caso, he hecho un gran esfuerzo para exponerlos con una cierta coherencia (otra cosa es que lo haya logrado).

Finalmente, en el apartado de agradecimientos quisiera manifestar mi reconocimiento a Fernando Fernández Bazan, José Ángel Brandin, Ignacio Falgueras, Guillermo Fariñas, Mikel Larrea, y de modo especial a Germán Scalzo, que tuvieron la paciencia de leer los sucesivos borradores de este libro, y que tanto me han ayudado con su amistad, sugerencias y comentarios. También quisiera extender mi agradecimiento a mis estudiantes y colegas durante todos estos años, de modo especial a lo que formaron parte del seminario y proyecto de investigación Filosofía de la economía FILECO, que, con sus memorias doctorales y sus investigaciones, pero sobre todo con su amistad, tanto me ayudaron a estudiar los temas que ahora presento en este libro. Me parece de justicia citar a mi sobrina Ana, quien de modo desinteresado me facilitó mucho el ambiente oportuno para poder escribir este libro.

No me gustaría acabar sin dejar constancia de que me hago responsable de las tesis expuestas en este libro, tanto de las que son acertadas, como de las que no lo sean. En cualquier caso, este libro no pretende ser más que una aportación para que otros puedan seguir pensando y lleguen más lejos de donde yo he llegado, lo cual, por otra parte, no es nada difícil de lograr.

Málaga 29 de septiembre de 2021